



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La virtud ciñe una corona de espinas, para ceñirla despues de rosas. (Continuacion.)—La violeta y el laurel; poesia.—La houri de la frente pálida. (Continuacion.)—El toque de Animas; poesia.—Esplicacion del figurin.—Esplicacion del modelo de adornos.

LA VIRTUD CIÑE UNA CORONA DE ESPINAS,

PARA CEÑIRLA DESPUES DE ROSAS.

(Continuacion.)

»Hubiera sentido encontraros allí, y sin embargo, aspiraba gozosa hasta la ilusion, de que el aire se hallaba impregnado de vuestro ser. »¡Tanto os amaba!

»Al fin llegó vuestra madre, y despues de saludarnos friamente, me dijo procurando hacer su voz todo lo cariñosa que pudo:— »Estrañareis, señorita, que os haya hecho molestaros en venir á mi casa.—¡Oh! ¡no! no! —la respondí;—soy artista y por lo tanto dispuesta siempre á servir á los que me hacen la

»honra de creer útiles mis escasos conocimientos.

—»No se trata de vuestro sublime arte: para eso, yo misma hubiera tenido la complacencia de ir á veros; pero lo que tenia que deciros, no debia escucharlo vuestra madre, y hé ahí el motivo de causaros esta molestia.

—»Para mí no ha sido ninguna. Hablad.

»Vuestra madre titubeó unos instantes, dijo frases entrecortadas, y se conocia en lo balbuciente de su acento, que un temblor nervioso reprimido, invadia su pecho.

»Lo que tenia que decirme, Cárlos, era terrible. Es vuestra madre y haría muy mal en contaros las palabras humillantes para mí, que pronunciaron sus lábios. ¡Oh! no tuvo piedad; vió que caia desmayada, y aguardó á que volviese de mi letargo, para exigirme de nuevo que renunciase á vuestro amor.

»¡Oh!.. sus argumentos y razones eran poderosos... Yo, mujer del pueblo sin fortuna, ni títulos, habia tenido la insolencia de dejar que

»latiese mi corazón por un hombre á quien sonreía la fortuna, la grandeza, la felicidad...

»Este crimen, según vuestra madre, era horroroso. ¿Desde cuándo la hija de un soldado valiente, honrado, noble, se atrevía á levantar sus ojos á la encumbrada aristocracia?

—»Teneis razón, señora,—la dije sollozando, y escaldadas mis mejillas por una humillación tan injusta.—Mi madre y yo hemos previsto eso mismo, y se ha prohibido en nuestra humilde casa, la entrada al joven señor, que solo podía querer nuestro triste albergue para los agradecidos amores de una comedia, que pudieran muy fácilmente trocarse en un espantoso drama!

»Porque... ¿á dónde iría á buscar reparación una desgraciada mujer, que no cuenta títulos ni blasones? Por fortuna, mi madre es una santa, y su hija admira y respeta sus virtudes y procura seguir su senda.

»Siento vuestra equivocación, señora: aunque vuestro hijo me hubiese ofrecido su mano, yo nunca le hubiera espuesto á que le desdenase la grandeza y le aborreciese su madre.

—»Su mano! ¡Oh! su mano,—replicó vuestra madre,—ya está ofrecida: solo será de su prima Elena.

—»Habeis hecho excelente elección: esa señorita es un ángel.

—»Me alegro que os agrade la esposa de mi hijo: eso me prueba que vuestro amor no es tan profundo que sea difícil de curar.

—»¿Mi amor, señora! ¿Y tenemos derecho á amar las huérfanas desgraciadas?

—»¿Y por qué nó? ¡Hay tantos artesanos honrados!.. Yo os casaría con uno de ellos si me lo permitiérais, dotándoos además...

—»Basta, señora,—dije levantándome indignada.—Yo no he puesto mi porvenir en vuestras manos, ni soy una mujer vulgar, ni busco marido, ni necesito para vivir la limosna de los poderosos. Soy artista, libre como el aire, y llena de tanta dignidad y virtud, como la más alta de vuestra clase. Os doy las gracias; porque vuestro lenguaje me ha hecho conocer lo que valgo por primera vez en mi vida. Hace un momento era la modestia personificada, y ahora me creo con más poder y grande-

za que todas las grandes emperatrices del universo.

»Descuidad, señora; Elvira de Guzman no será la esposa de vuestro hijo. Tiene demasiado orgullo para permitir que nadie la desdeñe.

»Mientras una mujer conserva su frente pura y no empaña su mirada el deshonor y la vergüenza, es dueña del mundo entero, y todo ella sonríe y se postra á sus pies. Porque la virtud es la felicidad, es la esperanza, es la gloria de Dios.....

»Cuando yo beso, señora, la venerable frente de mi anciana madre, y contemplo aquellas hermosas canas, y aquel aspecto justo y benigno, y sé que ni un hecho culpable ha empañado su hermosa existencia, me juzgo la más feliz de las criaturas.

»Cuando escucho referir la historia de un bravo militar, á quien los jefes apellidaban el honrado, y á quien muchos de ellos debían la vida, porque en el momento del peligro siempre se ponía delante para salvarlos, lloro de orgullo y de felicidad, y llevo laureles á su tumba, porque los merecía, sí, señora, los mereció, y si el mundo es injusto y olvida á los que derramaron su sangre por la patria; los hijos, ni los esposos no olvidan, y constantemente adornan las tumbas de los héroes, por más que estos héroes no figuren, porque no alcanzasen una faja de general, para que la pudiesen erigir vistosos mausoleos. La sociedad repara poco en los humildes, pero estos viven con Dios, y él los recompensa en su día, y entonces se rien de las injusticias de la tierra.

»Vuestra madre estaba oyéndome como petrificada. Yo no os puedo decir cuál sería mi entonación en aquellos momentos, ni lo que la diría. Únicamente sé que tenía un agudo dolor en el cerebro, que tan pronto lloraba como se secaban mis ojos cual si los hubiese quemado el sol.

»Creo que se prolongó bastante aquella escena; mi estado febril no me permitía siquiera saber el tiempo que allí estaba. Solo recuerdo que de pronto me acordé que me aguardaba mi madre, y me levanté precipitadamente, despidiéndome; pero al salir del gabinete se

»nublaron mis ojos y caí en una silla de la sala
»inmediata.

»Allí, recuerdo perfectamente, que oí á vuestra madre estas palabras; no sé si hablando consigo misma ó con alguien:—En ninguna parte sucede lo que en España; tienen los pobres una altanería que sofoca. Casi humillan á una, cuando trata de humillarles. ¡Qué libertad! ¡Qué horror! Si son más libres que las mismas águilas. No hay dinero ni razón que los ataje, cuando creen que los rebajan en algo. Anonada, pasma y asusta este miserable pueblo! ¡Oh anarquía! ¡Anarquía! ¡Qué falta nos haces!...

»Mi trastorno pasó y caminé de prisa, perdiéndose á poco en mi oído los ecos de vuestra madre.

»¡Cuántos pensamientos trastornaron entonces mi razón! ¡Qué lucha tan horrorosa se entabló en mi ánimo! ¡Hubiera sido preferible morir!... Porque... os lo debo confesar; os amaba más que nunca. Las prohibiciones en el amor doblan su fuego.

»Entre nosotros era de todo punto imposible la unión, y esta negación completa, que yo le daba á mi alma, la hacía adoraros con más fervor.

»¿Recordais una noche que nos encontramos en casa de mi discípula Amelia? ¡Oh, qué noche, Dios mío, qué noche! Fué la primera vez que os ví, después de la escena fatal que acabo de referiros.

»Cuando entré en el salón, ya estábais allí y vuestra madre también, y la angelical Elena, vuestra hechicera prima.

»No aparté en toda la noche mis ojos de ella, ni vos de mí: parecía que queríais darme con esto una satisfacción de que no la amábais. ¡Pobre joven! Descubrí que os amaba apasionadamente, que íbais á causar su desgracia, y desde entonces me propuse hacerla feliz y ser yo sola la que sufriese.

»Mis manifestaciones cariñosas hacia vos, se fueron haciendo cada día más escasas. Procuraba evitar que se encontrasen nuestros ojos. Hablaba con cualquiera otro en las reuniones donde os encontraba, y fingía la más absoluta indiferencia hacia vos. ¡Oh! Qué suplicio tan tenaz y terrible!... ¡Yo que hubiera cambiado

»todas las frases lisonjeras de cien aduladores, por el eco más imperceptible de vuestra voz, tenía que escuchar aquella multitud de palabras, que jamás pasaban de mis oídos, á mi corazón!...

»Vos entretanto andábais inquieto, meditando, y en todo pensábais, menos en mirar á vuestra prima. Ella sufría y su padecimiento me laceraba el alma.

»Una noche nos encontramos en una galería; y al pasar á mi lado se detuvo y me dijo estrechando mi mano:—¡Gracias, Elvira, gracias! Aunque vuestros sacrificios son estériles, no por eso dejo de conocer que sois un ángel. ¡Gracias, amiga mía, gracias!

»Yo me puse trémula, y estrechándola con ternura entre mis brazos la respondí:—¡Somos las dos muy infelices; pero os juro que en su día disfrutaremos todas las dichas que yo debo perder para siempre.

»Nos separamos muy enternecidas, porque Elena es buena y sensible, y en extremo generosa. ¡Oh! Yo la amo como una hermana.

»Mis desdenes hacia vos se hicieron cada día más marcados; vos, resentido, dirigíais frases llenas de galantería á otras mujeres. ¡Oh fragilidad humana!... Yo que provocaba vuestro olvido, cuando creía notar indiferencia en vuestros ojos, me devoraba de celos.

»La dignidad, el decoro, el deber, imponían un sello á mis labios. Yo no debía amaros de ningún modo, y sin embargo me desesperaba la idea de que llegáseis á olvidarme. ¡Veros de continuo y no poder hablaros!... Esto es un suplicio, que solo comprenden los que saben amar. ¡Se me ocurrían tantas cosas que deciros!... ¡Si al menos me hubiera sido lícito miraros, los ojos hubiesen dicho lo que el corazón callaba!

»Entonces llegó á la Corte el famoso Aquiles: ese músico italiano que con su sonora voz arrebató las hermosas. Fué recibido con la mayor dulzura y distinción.

»Varias veces cantamos juntos, y ví que le mirábais con rencor; sin embargo, Aquiles era para mí, como todos, un buen amigo, que nunca podía tener otro título en mi corazón. Este era todo vuestro, y aun queriendo vos cederlo, yo no lo hubiera permitido jamás.

»Aquiles me distinguia bastante; porque
»como artista, comprendia bien las luchas y
»sinsabores de mi destino, y me compadecia y
»amaba como un hermano de infortunio.

»Porque los artistas y los poetas, Cárlos, son
»muy desgraciados. Sus corazones de fuego,
»sus imaginaciones ardientes, no se contentan
»con un amor fácil, ni vulgar. Casi siempre
»adoran imposibles, acaso porque lo frágil y
»natural, no es bastante á la elevacion de su
»fantasía.

»Quizás yo hubiese podido amar á Aquiles,
»si no os hubiese conocido antes, y él tambien
»me hubiera profesado más afecto que el de
»hermano, si no amase con anterioridad á una
»actriz de rara belleza, que á la sazón se ha-
»llaba en Lisboa.

»Pero nada de esto conociais vos. Vuestros
»celos iban en aumento, y más de una vez os
»ví provocar con la mirada al descuidado ar-
»tista, que ajeno á nuestros amores no podia
»observar lo que mi amante corazón veia.

»Yo conocia que vuestra madre se hallaba
»irritada conmigo, que vuestra prima me mi-
»raba con dolor, y que ambas veian en mí el
»enemigo de su tranquilidad.

»Acaso Elena me maldecia interiormente.
»¡Elena, por la cual yo hacia continuos sacri-
»ficios!... ¡Oh, cuánto sufría! ¡Cuántas horas
»pasaba soñando con la muerte como único re-
»curso de mis males!... Pero... ¡Yo no me per-
»tenece!... La madre de mi alma, era mi propia
»vida, y era preciso conservarla por ella.

»Este estado de angustia no debía prolongar-
»se. Entonces concebí un proyecto. Marchar-
»me á Italia, al país de la música y las artes.

»¡No volveros á ver! ¡Hacer el último y he-
»rótico esfuerzo, que es bastante parecido á la
»muerte! Pues si existe un sér en el mundo y
»no le vemos, es casi lo mismo que si hubiese
»dejado de existir.

»No habia otro partido que tomar. Viviendo
»en el mismo suelo era imposible separar nues-
»tros corazones. Jamás os enlazariais con vues-
»tra prima, y yo llevaria sobre mi conciencia
»su desgracia y la de vuestra madre.

»Aquiles era empresario en dos ó tres teatros
»de Italia, y le hablé para mi ajuste. Al prin-
»cipio se quedó confuso; pero cuando vió la

»firmeza de mi resolucion, me prometió una
»ventajosa escritura.

»Nada de esto debia saber mi madre; y la
»noche que se firmó el contrato sobre el piano,
»haciendo que revisáramos papeles de música,
»nada observó.

»Al marchar Aquiles, recordé que no le
»habia dicho callase este secreto á mi madre
»hasta que estuviésemos en Roma, y preci-
»pitadamente tracé cuatro líneas que arro-
»jé al artista desde mis balcones, y que vos
»recojisteis para amargar más mi destino.

»Hé ahí todo el misterio, por el cual habeis
»dudado de mí, de la mujer que más os ha
»amado en el mundo.

»Después de esta revelacion, que únicamen-
»te podia arrancarme el estado en que os hallais,
»parto tranquila.

»Amad á Elena: es digna de vos. Haced la
»dicha de vuestra madre, que vé en este enla-
»ce la felicidad de sus últimos dias. Si tal no
»hiciérais, dejaría mi alma de profesaros el
»culto y la estimacion, que sentirá por vos
»hasta morir.

»Ni me sigais ni me busqueis. Después de
»vuestras dudas humillantes é injustas, aunque
»fuéis libre, no sería vuestra esposa.

»La distancia que separa nuestros destinos,
»ya veis, es más inmensa que los mares y muy
»parecida á la eternidad.

»Para que os tranquiliceis del todo, sabed
»que Aquiles se desposará dentro de pocos dias
»con la mujer que ama, y que yo, ni amo á
»Aquiles, ni amaré jamás á ninguno: una me-
»moria triste y dolorosa será el único amor de
»vuestra—ELVIRA.»

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

LA VIOLETA Y EL LAUREL.

APÓLOGO.

Hijos de un mismo vergel
Y en igual tiempo nacidos,
Crecian verdes y unidos
La violeta y el laurel.
Ella, flor modesta y pura,

En sus hojas se ocultaba,
Él ramoso se elevaba
Al través de la espesura.

Ella, fresca y aromosa,
Rica alfombra le tejía,
Él copado protejía
A su amiga generosa.

Y con tal fraternidad
Vivían, que se asegura,
Que envidiaba su ventura
La florida vecindad.

Mas el láuro iba creciendo
Y pausado se alejaba,
Y la violeta quedaba
De pena y amor muriendo.

Y ella mustia y él pomposo
Dulcemente susurrando,
Con el rumorcillo blando
De su lenguaje oloroso

Hablaban, y á su manera
El laurel dijo:—Querida,
¿Por qué lozana y erguida
No subes cual la palmera?—
—La orgullosa! la insensata!
Con esa soberbia loca,
Sobre sus tallos evoca
El rayo que la maltrata.

Yo tan pobre, hermano mio,
Tan sin fuerzas ni hermosura,
Encumbrarme á tanta altura
Fuera humano desvarío.

Crece tú, que eres gallardo,
Y fragante y provechoso,
Y remóntate frondoso
Mientras fiel yo tu pié guardo.—

—Tontuela, ¿por qué no subes
Enroscada en mi ramaje,
Y rasgarás el encaje
De las transparentes nubes?

En tu corola azulada
Brillantes pondrá el rocío,
Y serás en el estío
Por las brisas columpiada.

Sube; el sol te guarda, hermosa,
Ardientes besos de fuego.—

—Déjame, hermano, te ruego,
Que su llama es peligrosa.—

—Es miedo de flores niñas
Tu mal fundado temor.—

—¿Pues no sabes, mi señor,
Que el sol quema las campiñas,
Y á la flor que vé orgullosa
Pulveriza con sus llamas,
Mientras tibio entré las ramas
Acaricia á la humildosa?.....

¡Ay! deja que de mi broche
En la sombra y la inocencia
Consagre la pobre esencia
Al luminar de la noche.

Calló; y el sol, que escondido
Tras las nubes la escuchaba,
Es fama que contestaba
Con un destello encendido:

«Planta humilde, que así ocultas
»Tu fragancia y hermosura,
»Sigue, sigue en la espesura
»Dó prudente te sepultas.

»Del verde láuro el ramaje,
»Emblema de gloria sea;
»Siempre el mundo á tí te vea
»Medio oculta en tu follaje.

»Mas el laurel que amoroso
»De tí viva acompañado,
»Este será el admirado,
»Este será el más glorioso.»

Dijo; y desde aquel momento
Se observa que, donde quiera,
La modestia es compañera
Del verdadero talento.

M. JOSEFA MASSANÉS DE GONZALEZ.

LA HOURI DE LA FRENTE PALIDA.

Leyenda árabe.

(Continuacion.)

III.

Era una noche muy oscura; densos nubarrones cubrían el azul mate del ancho firmamento; una espesa llovizna azotaba las paredes de Toledo; el viento rujía y la voz poderosa del trueno se oía en el espacio iluminado á intervalos por la llama sulfurosa del relámpago.

Un caballero, cubierto completamente el rostro con el enbozo de un blanco albornoz de franela, bajo el cual brillaba la hoja desnuda de un yatagan, golpeaba con furia la puerta de

una casucha miserable, situada en una callejuela sin salida, junto á las murallas de la poblacion.

Los golpes se sucedian con más insistencia, clara señal de la impaciencia del mancebo.

Por fin, cansado, se separó de la puerta y se dirigió hácia la salida de la calle diciendo: «el viejo buo no se encuentra en su nido; maldito hebreo.»

Veamos, pues, lo que pasaba á la entrada de la calle por donde nuestro jóven iba á salir.

Un anciano israelita trataba de penetrar por ella, cuando dos hombres, cubiertos los rostros con sus tocas, le pusieron sus gumias al pecho, exigiéndole el dinero y las alhajas que llevaba.

Eran dos ladrones.

El anciano, sobrecojido, retrocedió maquinalmente, pero uno de los malhechores se arrojó sobre él y le derribó en tierra.

El acometido exhaló un grito de espanto, y los agresores elevando sus armas se lanzaban sobre él, cuando uno de ellos se encontró herido por la espada de un hombre, que como llovido del cielo acudió á impedir aquel desafuero.

La lucha más terrible se trabó en medio de la oscuridad.

El recién llegado repartía sin cesar tajos y mandobles con tal denuedo, con tal seguridad, que los agresores emprendieron la fuga, asaz escarmentados.

Entonces el vencedor, que era el mismo jóven que hemos visto llamando á la puerta de la casa contigua á la muralla, alzó del suelo al anciano, que pasado el aturdimiento que le produjo la caída, empezó á recobrar la razon.

—El Dios de Jacob os premie el bien que me habeis hecho, generoso mancebo; pero me encuentro bastante débil, y si no lo tomáseis á mal, os rogaría tuviéseis la bondad de acompañarme hasta mi casa; está aquí cerca, al final de la calleja en que estamos.

—¡Cómo!—dijo el caballero conduciendo al hebreo.—¿Vos sois acaso el sábio astrólogo Jacob que habita en esa pequeña torre pegada al muro?

—Así es lo cierto.

—¡Oh! celebro haberos podido ser útil, porque á mi vez necesito valerme de vos.

—Podeis disponer de mí; os estoy obligado.

Nuestros dos interlocutores llegaron á la puerta de la casita; el hebreo sacó un pito de plata é hizo sonar tres puntos agudos; entonces la puerta se abrió silenciosamente, y un esclavo negro apareció en el umbral con una lamparilla encendida.

El anciano y el jóven pasaron y la casa se cerró de nuevo.

Veamos lo que sucedió en el interior.

IV.

Estamos en el laboratorio del astrólogo.

Multitud de ampollas que contienen líquidos verdosos y azules, con los cuales confeccionaba nuestro sábio filtros y bebedizos, se encontraban rotulados y cubiertos de polvo sobre unos vasares formados de tablas viejas y carcomidas.

Monstruosas pieles de serpiente y esqueletos de varios animales, alternando con multitud de hacedillos de yerbas pendientes de clavos y con rótulos en pergamino, decoraban las grietas paredes de aquella estancia.

Un hornillo apagado, unos crisoles y dos ó tres cráneos humanos, además de otros muchos objetos raros, completaban el ajuar de aquella estraña vivienda.

Un ancho agimez abierto en la pared dejaba descubrir el campo, en cuyo fondo, opaco por la oscuridad de la noche, se dejaba ver como una sombra saliendo del seno de la tierra en la fortaleza misteriosa.

El jóven y el hebreo se encontraban sentados el uno enfrente del otro.

—Hablad, caballero: decid en que os puede ser útil el hombre á quien esta noche habeis salvado.

—Yo soy,—respondió el jóven,—Hescham el Alikí.

Yo he nacido bajo el cielo abrasador del Africa, y desde mi más tierna edad, mi única ambicion, mi única ventura, la constituian mi lanza y mi caballo.

El acento del clarín, el ronco son del atabal y el brillo de los arneses que rodaban al golpe de las armas, me embriagaba, me enloquecía, pues para mí era la guerra la única ambicion de mi alma.

Nunca había conocido el amor.

Esa pasión devoradora, ese afán que trastorna á muchos, era completamente desconocido por mí.

Yo resistía los encantos del amor, como resiste la dura roca el choque de la espumosa ola.

Mi corazón estaba virgen de esa pasión, porque mi única pasión era la guerra.

Pero hace algún tiempo que la calma ha desaparecido de mi pecho, un afán incesante le devora, y amo, pero con un amor volcánico, con un amor grande, inmenso, con un amor como el que nadie ha sentido.

Pero amo sin esperanza, porque yo no he visto sino en sueños á la mujer que me ha inspirado esta pasión que envenena mi vida.

Prestadme oídos: era una noche clara; la luna estendía su luz plateada por el ancho cielo; brillaban con una luz purísima las estrellas, y la brisa vagaba llena de los gratos perfumes de las acacias y de los tilos que sombrean las plácidas riberas del Tajo.

Yo venía de viaje.

Adelantaba rápidamente mi alazan por la cortadura del valle, en cuyo centro se eleva esa fortaleza misteriosa.

Yo sentía sed, el día había sido terrible, un manso arroyuelo regaba con su cristalina linfa aquella pintoresca pradera y allí dirijí mi caballo; salté al suelo y reclinándome en la mullida alfombra de césped y flores que se estendía bajo mis plantas, me quedé dormido.

Soñé que me encontraba en un pequeño gabinete perfectamente alhajado.

Sus paredes estucadas se hallaban cubiertas de graciosos arabescos de dorados filetes.

Una lámpara de ágata, pendiente del centro de una cúpula formada de graciosas estaláctitas, prestaba luz al mismo tiempo que perfumaba con su aceite aromoso aquella estancia.

Un elegante saltador, colocado en medio, vertía sus aguas formando caprichosos juegos sobre una graciosa pila de mármol blanco, á cuyo alrededor se veían magníficos búcaros de nácar llenos de frescas y pintadas flores.

Un estrecho agimez abierto en el muro, pero guardado por una espesa reja por la parte de

afuera, daba á aquella habitación encantadora un tinte de prisión.

Sobre una piel de tigre, en cogines de seda azul bordados de plata se encontraba indolentemente reclinada una jóven, mejor dicho una hourí, un ángel de los que el Gran Profeta guarda en el Paraíso para hacer la ventura de de los escogidos.

Su faz era blanca como la espuma del arroyo.

Sus rubios cabellos, semejando madejas de oro, caían ondulantes sobre sus desnudos hombros, prestando nuevo encanto á su hermosura.

Sus ojos azules, más himpidos que el claro firmamento, miraban con una espresion que me embriagaba, y al sentir sobre mí el influjo magnético de aquella mirada humedecida, me sentía morir de amor.

Yo me arrojé delirante á sus piés; pero ¡ay! al querer estrechar entre mis brazos á aquel ángel, desperté, y un buo pasó revoloteando junto á mí; sus pardas alas azotaron mi frente y desapareció lanzando fatídicos graznidos.

Los primeros albores de la aurora coloraban el inmenso espacio, y las tiernas avecillas saludaban, ocultas en la espesura, al naciente día.

Clavé mi vista ansiosa en los muros de la fortaleza, y considera cuál sería mi sorpresa al descubrir en uno de sus torreones un estrecho agimez guardado por una espesa reja igual en un todo al que yo había visto durante mi sueño.

Desde entonces he tratado de descubrir lo que en su centro encierra esa torre, pero todos mis esfuerzos han sido inútiles.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS.

EL TOQUE DE ÁNIMAS.

Madre, ¿por qué rasga el viento
quejumbrosa esa campana;
por qué su acento, antes dulce,
entristece ahora mi alma,
y á su pesar hasta el cielo
los ojos húmedos se alzan?
—Hija, tan bello es el mundo,
son tan hermosas sus galas,

que arrebatada la mente
 vá tras ellas fascinada,
 y en sus brazos olvidamos
 que hubo ayer, y que hay mañana.
 Una tumba es el ayer
 que nuestras preces reclama;
 el mañana es otra tumba
 que nuestros restos aguarda.
 En medio de ellas la vida
 entre risa y llanto pasa,
 sin sondear este arcano,
 cuyos abismos espantan;
 mas cuando llega la noche,
 en ese instante de calma,
 en que el mundo fatigado
 de sus locuras descansa,
 cruza los aires el toque
 de esa lúgubre campana;
 eco triste del pasado,
 voz de Dios, inmensa y santa.
 Orad, dice el sacro bronce
 con su voz acompasada;
 orad, y suba hasta el cielo
 fervorosa la plegaria
 envuelta entre los perfumes
 que la tibia noche exhala.
 Orad, pues hay una tumba
 que vuestras preces reclama,
 y abierta está ya la fosa
 que vuestros restos aguarda.

TERESA GRATACÓS.

Figueras, marzo de 1863.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE BAILE.

1.^a figura: vestido de tul verde sobre otro de glasé del mismo color, el bajo de esta falda va guarnecida por un rizado de la misma tela; la segunda falda de tul está recojida de distancia en distancia por bridas de terciopelo, y sobre ella cae otra falda de encaje blanco, cojida al talle y abierta por delante; cuerpo escotado con dos petos, berta de tul cojida en la espalda, los hombros y el pecho con lazadas de terciopelo, mangas muy cortas; cinturón muy largo que cae por detrás formando un gran lazo; adorno de cabeza compuesto de plumas blancas y encarnadas.

2.^a figura: vestido de glasé color de rosa guarnecido en el bajo de un volante encañonado, que forma grandes enlazamientos góticos con terciopelo negro, al que va unido también un volantito rizado y de la misma tela del vestido. Cuerpo de escote cuadrado, guarnecido de terciopelo y encaje. Mangas formadas por un bullon y una guarnición de encaje. Adorno de rosas en la cabeza, y un rizo de cabellos que cae sobre el hombro izquierdo.

ESPLICACION DEL MODELO DE ADORNOS.

Número 1: adorno compuesto de terciopelo negro, encaje y grupo de rosas; en el centro hay un nido de musgo con un pájaro.

Núm. 2: diadema formada por cintas de terciopelo azul, una que rodea la cabeza y otras que se cruzan, terminando en un lazo; están entremezcladas con encaje negro. Sobre la frente se ve un grupo de yerbas salpicadas de gotas de agua y de nieve, y sobre el lado derecho se ponen dos grandes rosas mezcladas con hojas verdes.

Núm. 3: gorra de terciopelo negro y encaje, fondo de tul moteado; adornos de musgo, flores y frutas.

Núm. 4: diadema de terciopelo azul y encaje negro, anudándose atrás en forma de 8; sobre la frente y cayendo por el lado izquierdo se colocan rizados de encaje y lazadas de terciopelo; por el lado derecho hojas verdes, rosas y capullos.

Núm. 5: adorno de terciopelo punzó rizado y unido con un galon de oro. Grupo de plumas blancas, negras y encarnadas, y flores de oro.

Núm. 6: adorno formado por una trenza de terciopelo negro, amapolas de terciopelo encarnado, lazos de terciopelo negro y flores de oro.

Núm. 7: sobre una corona de terciopelo negro, se coloca un grupo de lilas blancas mezcladas de rosas y follaje.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.



LES MODES PARISIENNES

Robes de M.^{me} Alexandre Ghys — Coiffures de la M.^{me} Erlman — Rubans
et Gants de la Ville de Lyon — Lingerie de la Couronne Royale — Chaussures
de la M.^{me} Douvenot — Jupons et Corsets de la M.^{me} Simon — éventails et Parfums
de Faguer Laboullée — Envois de la Maison Lassoalle et Comp.^{me}
Ayuntamiento de Madrid



LA VIOLETA.



Mouge Imp. r. St. Louis en l'île de France

